

Precios de suscripción
 EN SAN SEBASTIAN
 3 meses, 6 pesetas; 6 meses, 12; un año, 24
 EN PROVINCIAS
 3 meses, 9 pesetas; 6 meses, 18; un año, 36
 EN EL EXTRANJERO
 3 meses, 13 pesetas; 6 meses, 25; un año, 50

La Voz de Guipúzcoa

Diario Republicano

Tarifa de publicidad
 En primera plana, dos pesetas línea.
 En noticias, una peseta línea.
 En generales, sesenta céntimos línea.
 Planas enteras y medias planas, artículos, comunicados y anuncios oficiales a precios convencionales.

TELEFONO URBANO: 0-24.
 TELEFONO INTERURBANO: 9-89.

Redacción, Administración y Talleres: San Marcial, 10

APARTADO DE CORREOS: núm. 44.
 DIRECCION TELEGRAFICA: «VOZ».

COSAS PEQUEÑAS

El perro flaco y el perro gordo

Palomo es un perro de casa grande, abundante y próspera, aunque su dueño digno lo contrario. Esta casa se encuentra enclavada en el campo, junto a un camino que desemboca en una carretera. De ésta se puede ir a todas las partes del mundo, al menos Palomo lo cree así.

Palomo se halla al comenzar nuestro cuento en la puerta de la casa. Por la mañana ha acompañado a su amo en la inspección y ordenación de los trabajos del campo. Ha comido al mediodía y ahora, antes de salir de nuevo, se ha tumbado un poco. Por el camino arriba oye de pronto unos pasos y poco después ve llegar frente a él a otro perro, a Palomino, su antiguo compañero en la casa.

Palomino lleva trazas de comer poco. Flaco, con el pelo caído, caído todo su cuerpo, se diría que la necesidad y la privación ha minado su naturaleza. Fué antes fuerte y ahora es débil. Por esto, su paso es lento y arrastrante.

Palomo mira al transeunte, y fijándose en él, dice:

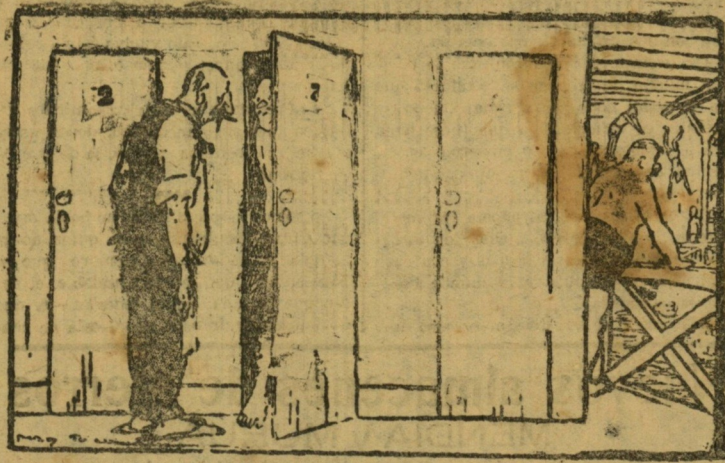
—¿Es posible que seas tú, Palomino? Pero ¿qué te ha pasado? ¿Estás enfermo? ¡Dime!..

—De todo estoy, Palomo: de todo, por culpa mía. ¿Te acuerdas de lo bien que estaba allá abajo? Pues ahí tienes: quise estar mejor, y perdí en un momento todo lo que tenía.

—No comprendo... No se nada...

—Verás. Tú, arriba, gozabas de unas libertades, de unos derechos, que tu amo, y entonces el mío, te reconocía una y otra vez, siempre que era preciso garantizar su seriedad. Pero llegó un día en que a ti y a mí nos entró el demonio del mejoramiento de situación, y decidimos pedir lo que conceptuábamos un deber. Ello parecía fácil conseguir. No lo era, ni con mucho. Después de mucho esperar, nuestro amo contestó que accedía a nuestra solicitud a condición de que renunciáramos en

UN ROBO



—¡Eh, señor, que me han robado los pantalones!..
 —¿Está usted seguro de haber venido con ellos?

lo futuro a una parte de nuestro alimento. Fueron varios días de abundancia a cambio de otros de escasez. Yo caí en la tentación, y acepté. Tú te mantuviste en tu antigua necesidad, y hoy te veo si no gordo y lucido, al menos no tan flaco como yo. Sobre todo esas fuerzas que ahora tienes te permitirán después sobrellevar más fácilmente días de penuria.

—¡Pobre Palomino! No fué por falta de recomendarte que miraras bien lo que hacías. Muchas veces es preferible continuar en la misma situación que variar de suerte, no sea que luego las cosas se enreden de tal manera que todo derecho se crea privilegio, toda necesidad abundancia.

Y cuentan que Palomo continuó traba-

jando al servicio de su amo mucho tiempo, y que cuando sus fuerzas le faltaron, todavía gozó de una parte del afecto y de la ayuda de aquellos a quienes sirvió tantos años.

En cambio, Palomino fué de peor en peor. Abandonado a sus solas fuerzas, se comió pronto lo que recibiera un día condicionalmente. Creyó poder reservar lo que le sobraba en un principio, pero las mismas necesidades del momento y las que se eró al satisfacer estas—porque así son todas las clases de atracciones—le dejaron pronto indefenso y débil.

Hoy, los que conocieron estas cosas, alaban la prudencia de Palomo y lamentan la imprevisión de Palomino.

MARIANO SALAVERRIA.

Alquilo casa entera para instalación de manufacturas
 Ofertas: Ramón Peña, Elcano, 8

Mercado de Tolosa

En el mercado celebrado últimamente en Tolosa, rigieron los precios siguientes:
 Trigo, los 100 kilos, 62 pesetas.
 Maíz ídem, 48.
 Alubia encarnada ídem, 140.
 Ídem blanca, ídem 160.
 Habas de Navarra ídem, 80.
 Ídem del país ídem, 70.
 Ídem de piense, ídem 70.
 Nueces kilo, 1'30.
 Castañas ídem, 0-15.
 Tomate ídem, 0'56.
 Patatas ídem, 0'36.
 Pimientos morrones, docena, 2.
 Huevos, ídem 4'35.
 Gallinas par, 19.
 Pollos ídem, 10.
 Patos ídem, 17.
 Gallos ídem, 13.
 Pichones ídem, 5.
 Queso, kilo, 4'56.
 Tocino ídem, 2'40.
 Mantea ídem, 6.
 Longaniza ídem, 7.
 Jamón en fresco ídem, 6'50.
 Lomo ídem, 6'50.
 Cerdos para matadero, kilo, 4.
 Ídem en peso vivo ídem, 2'85.
 Ídem para exiar, uno, 30.
 Lechonas, una, 350.
 Ternera, kilo, 2'10.
 Vaca, ídem 4'60.
 Buey, ídem 4'60.
 Cabritos, uno, 30.

Venta en Orio

A las cuatro de la tarde del día 17 del corriente mes de Octubre, se venderán en Orio el vapor "San Pedro", con una fuerza de ocho caballos, y una trainera con sus pertenecientes redes.
 Para informes dirigirse a don Eustaquio Achaga, en Orio.

Paroles para sepulturas
 Precios y modelos variados
Torres y Compañía
 SAN BARTOLOME, 7. TELEFONO 42-50

gracias a los cuidados de Leonelo, comenzaba a volver en sí.

No tardó en abrir los párpados, mirando a las personas que había en torno suyo.

—¿Dónde estoy?— murmuró.— ¿Quién soy?

—Tu madre y tu hermano—repuso la condesa con cariñoso acento.

—¿Ustedes, ustedes?
 Y se llevó la mano a su pecho herido.

—¿Qué tengo aquí?—dijo.— ¿Qué ha sucedido?

¡Ah, ahora me acuerdo de todo!

Huyó de su garganta un sollozo e intentó incorporarse.

—¿Y María?—preguntó con suprema angustia.

—Por tí se ha salvado—contestaronle.

Un resplandor de sublime alegría iluminó las facciones de Satanela.

—¡Se ha salvado! ¡Gracias, Dios mío!

Y tú, madre mía, estás contenta de mí?

Luego añadió dirigiéndose a Leonelo:

—¿Y ese miserable?

—Huyó pero ¿cómo pudo entrar hasta la alcoba de María?

Satanela, con débil voz, refirió todo lo ocurrido.

—Tengo miedo—dijo Leonelo a su madre,—si se muere, ¡qué horribles remordimientos nos aguardan! Su madre pereció asesinada por su propio marido, y ella, alma generosa, sucumbiría por salvar a la hija del matador...

—No digas eso, Dios es muy bueno y nos aborrazará tan amargo padecer. ¿Y Fernando...?

—No sé, quizás corre detrás del asesino.

En efecto, el pintor había bajado al jardín con ese propósito. Las ideas se agolpaban en la mente de Fernando. ¿Cómo consiguió lord Bonifid escapar de la cárcel? ¿Cómo pudo averiguar las señas de Leonelo, y cómo pudo penetrar en la casa? ¿Por qué intentó matar a María?

No cabía duda que el falso inglés, después de herir a Satanela, huyó por la parte del jardín, porque, a la claridad de la luna, vio marcada la huella de sus pasos en la tierra del paseo. También debió de escuchar el pequeño muro que separaba la finca del campo.

Después, al otro lado de dicho muro, Fernando notó impresas las pisadas del fugitivo en la tierra blanda, pero aunque escuchó con la mirada la inmensa extensión del campo y aguzó el oído, nada vio ni pudo oír.

Antes que dar con el asesino urgía la salvación de la víctima.

—¿Qué otro recurso te quedaba sino retroceder?

Al saber que María había resultado ile-

sa, suspiró con alivio, pero cuando contempló a Satanela inmóvil y ensangrentada, a punto de exhalar el último suspiro, brotaron de sus ojos lágrimas de dolor.

—¡Pobre criatura!—murmuró.— ¡Qué horrible destino el suyo!

El médico llegó a apuntar el día. Examinó cuidadosamente la herida, la lavó con agua fresca, reconociéndola con minucioso esmero.

Satanela no daba señales de vida.

—¿Qué opina usted?—preguntaron al doctor cuando hubo acabado su reconocimiento.

—La herida es muy grave—repuso el médico con tristeza,—ha lesionado el pulmón derecho, y aunque no existe peligro de muerte, no hay, sin embargo, muchas probabilidades de salvación.

—¡Ah, doctor, doctor, salvadla!—gritó la condesa Altieri, con voz velada por el llanto.

—Apuramos todos los recursos de la ciencia. Dígame ahora cómo ha ocurrido el triste suceso.

Leonelo contó que Satanela se obligó en velar a María, la cual estaba convaleciente de una grave enfermedad; que un mathechor entró de noche en la alcoba y que para acallar los gritos de la joven le asestó aquellas dos puñaladas.

Leonelo se guardó de decir el nombre del agresor, porque desconocía sobre el particular las intenciones de Satanela.

—¿Se podría trasladar a la ciudad a la condesa Irene?—preguntó Fernando.

—Ahora consideramos una imprudencia—repuso el médico.

—Nosotros no nos separaremos de su lado—añadió la condesa.

—Y la velaremos todos.

El médico almiró el afecto que todos sentían por la pobre herida.

—Bien, bien, escribiré una receta y les encargo que cumplan puntualmente mis instrucciones.

—Yo mismo la llevaré a Florencia—exclamó Leonelo.

—Entonces vámonos juntos y por el camino le diré lo que debe hacer.

La condesa y Fernando se quedaron asistiendo a Satanela.

—Vaya usted al lado de María, que todavía necesita muchos cuidados. La misma Irene se lo mandaría. Yo la velaré.

—¡Pobre Irene mía!—balbuceó la condesa con desgarrador acento.

—Valor, señora, se salvará.

—¡Ah! cuánto le debíamos...

—Sí, tan noble e inalterable merece un destino mejor.

La condesa se llevó el pañuelo a los ojos, luego se acercó al lecho y rozó la frente de Satanela con un maternal beso.

La pobre joven no abrió los ojos. La condesa salió de la estancia sin hacer ruido. Fernando escondió a la cabecera de la cama, y mirando a Satanela procuraba